



Autor: Inés Cao Arcos

Obra: *Enterrados*

*No quise decir nada en la cena mientras escuchábamos las noticias, pero me parecía injusto que solo unos pocos tuvieran el privilegio de ir a Tera. Veía por la tele la inauguración del Ala Norte y todas las personas que allí aparecían sonreían todo el tiempo, como si sus bocas no supieran ponerse serias. Las cámaras no se despegaban de ellos mientras se paseaban por las calles, y en cada imagen mostrada quedaba claro que no se había reparado en gastos.*

*Yo vi todo el reportaje, hasta que los anuncios me hicieron reaccionar y apartar la mirada. Tenía una extraña sensación, que por ratos era de pena al ser consciente de estar viviendo una injusticia, y otras veces punzadas de envidia de no ser nosotros los elegidos para vivirla.*

*Dicen mis padres que los que han recibido la invitación no se lo cuentan a nadie para no tener que estar "disculpándose" todo el tiempo ante los demás, ni soportar sus miradas de reproche, ni que estén retándolos o comparándose con ellos todo el tiempo y por la excusa más boba, o riéndose de cada error que cometen y restregándose por la cara, como si así quedara patente que ellos no se lo merecen porque hay otra gente que vale mucho más, y en el fondo no son tan especiales como para estar por encima de sus nombres en esa lista que nadie sabe con seguridad quién confecciona.*

*Yo entiendo que eso pase, y si hubiera recibido esa invitación tampoco diría nada, solo a Nati. Ahora que lo pienso, quizá todos nuestros vecinos la han recibido y no lo sepamos. Quizá seamos los únicos que no estamos invitados. ¿Y si Nati tiene la invitación y no me ha dicho nada? Sonrió un poco cuando hablé de Tera, aunque luego me dijo que era mejor no soñar con un sitio al que no podemos ir, ni era bueno hacemos ilusiones estúpidas. Eso era para otras personas "sutilmente" diferentes a nosotros, una sutil diferencia que solo se ve cuando la mirada se dirige a la billetera. También dice que ellos no podrían soportar lo que nosotros venimos padeciendo desde hace seis años. Ellos van a estar en Tera, pero su reclusión nunca fue igual a la nuestra.*

*Entiendo el enfado de Nati con este tema, pero yo solo hablaba en voz alta, dejando volar mi imaginación, viéndome a mí misma paseando por aquellos pasillos de mármol pulido que la televisión mostraba.*

*Pensaba en todas las cosas que yo podría hacer en un lugar así. Porque allí dentro casi no se notará la diferencia entre estar abajo o arriba, y eso debe ser un poco*

*Mejor relato*

*17º Certamen de relato corto Rozasjoven 2019*

*distinto a pasar la reclusión en los sótanos de las casas, en los que, si se reúnen pocos, se hace inmensamente aburrido, y si son muchos, terriblemente agobiante. Nosotros, como solo estamos papá, mamá, los abuelos, Lorenzo y yo, no lo pasamos tan mal. Lorenzo y yo nos entendemos bien. Nos llevamos trece meses y a él también le gusta dibujar cómics. Esa es una afición a la que hay que dedicarle muchas horas, y quizá por eso la reclusión no la llevamos tan mal como otra gente.*

*Cuando el año pasado salimos al exterior y vi a Nati por primera vez, tardé en reconocerla. Sus ojos azules, que tan bonitos son, estaban enmarcados por una sombra marrón, y parecían diminutos, dolidos. No se veían vivos del todo. A ella le costó mucho mostrar una sonrisa al verme y, aunque siga siendo mi mejor amiga, su carácter ya no es tan alegre como antes, y a medida que se va acercando el día de empezar la reclusión, la veo cada vez más negativa y ausente. Creo que su problema es porque ella y su madre no tienen un sótano propio y han de ir al parking del Centro Comercial que, año tras año, el ayuntamiento acondiciona para la gente sin recursos. Allí no tiene mucha intimidad y tal vez le toque estar al lado de gente que chilla, porque a Nati le molesta mucho que griten cerca de ella.*

*No quiere hablar de la reclusión, y yo no insisto. Ella tiene sus problemas y nosotros los nuestros, porque nuestro sótano no está muy protegido del exterior y en la última reclusión hubo veces que nos asfixiábamos de calor, casi literalmente. Cuando papá lo construyó nunca se imaginó que acabaríamos dándole este uso, supongo que si lo hubiera sabido enterraría la casa entera. Ahora que lo pienso, ¿qué querrá hacer papá con los ladrillos y el cemento que ha traído? Supongo que aislar un poco más el sótano del tórrido sol que desde hace seis años reina endemoniado en el cielo durante dos meses. Los que han tenido valor para asomarse al exterior dicen que el cielo no luce igual, sino con una bruma rojiza, y ni siquiera una nube se ve en el cielo durante el día, porque el calor las desintegra. Es lógico, creo yo, en el exterior se alcanzaron en algún momento los sesenta y seis grados. Hace seis años que se decretó la obligación de reclusión, por el bien de todos, y en aquellos momentos "solo" se habían alcanzado los cincuenta y nueve de máxima.*

*Se acerca la fecha, apenas quedan unos días para la reclusión, han comunicado ya día y hora de entrada en los refugios comunitarios. Mantendrán las puertas abiertas hasta las cinco y media de la madrugada del treinta de junio. Creía que la certeza de proximidad de la reclusión haría que Nati estuviera pensativa y pesimista, pero hoy la he visto tan alegre que no he podido aguantarme y le he dicho que creía que ella tenía una invitación. Me ha mirado y, primero se ha reído abiertamente echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos como si no pudiera controlarse, cosa que me ha hecho sospechar de ella todavía más, luego ha soltado un gran ¡OJALÁ!, que me ha parecido demasiado teatral. Así que continúe sería, mirándola a los ojos, y le dije que si mi familia la recibiera yo se lo contaría.*

*Mejor relato*

*17º Certamen de relato corto Rozasjoven 2019*

Se lo diría porque es mi mejor amiga y porque sé que se alegraría por mí. Entonces ella me ha contado en secreto que alguien había mandado a su madre una carta en la que le ofrecía su sótano para la reclusión, porque ellos se iban a Tera, y que dejarían mucha comida para que no les faltara de nada esos dos meses. No sabían quiénes eran porque nadie quiere que eso se conozca pero, el día que empiece la reclusión, deben esperar junto a la torre de alta tensión que hay delante del Centro Comercial para entregarles la llave. "¿Te imaginas lo que eso significa?", me dijo tan llena de felicidad que sus ojos se llenaron de lágrimas, y yo... yo me alegré tanto por Nati que la abracé muy fuerte. Esa era la mejor noticia del mundo y rogué en silencio, y con los ojos apretados, para que no fuera una cruel broma, porque eso sería demoledor para ellas. Me imaginé a Nati y a su madre junto a la torre de alta tensión, con sus maletas listas, esperando que se hiciera realidad ese sueño que iría diluyéndose lentamente a medida que se acababa el tiempo de entrar en el Centro Comercial, antes de que las puertas se cerrasen durante dos meses. Y no es de humanos jugar así con los sentimientos de personas como ellas. Creo que ahora no me encerraré tranquila en mi sótano pensando que Nati pueda estar fuera sufriendo en soledad esa horrible desilusión.

Hemos llegado ya a la recta final y lo que ha hecho papá me ha dejado impresionada, ha levantado un muro de metro y medio alrededor de la casa. El grosor de la pared es de casi cincuenta centímetros y ha rellenado con piedras y tierra el pasillito que quedaba entre el muro y la casa. Luego lo ha adornado con piedras blancas y he de reconocer que ha quedado precioso, papá construye casas y no soporta que nada se haga sin un mínimo de belleza. Creo que en todo lo que hace pone el mismo empeño en la utilidad que en la estética, aunque lo importante es que nuestro sótano ha quedado muchísimo más protegido del calor exterior, que era lo que pretendía.

Él y mamá están empezando a llevar comida para abajo, y yo he quedado con Nati para despedirme de ella. No podemos vemos en el exterior porque la temperatura alcanza fácilmente los cuarenta y nueve grados, de hecho, están pensando adelantar la reclusión este año, pero mientras eso no pasa, ella y yo paseamos por la estación del tren. Ella sonríe todo el tiempo, su fe en esa carta es absoluta, y mi cara no es capaz de reflejar la felicidad que quiero y debo sentir hacia ella, pues mi sensación de que todo es un engaño me lo impide. Ojalá creyera en la veracidad de esa carta en igual medida que Nati. Hasta ha llegado a pensar que yo no me alegro, pero es justo lo contrario, de verdad, solo que tengo un nudo en el estómago pensando que todo pueda ser mentira.

Ha llegado el día. Nos vamos a meter en el coche para realizar el último viaje y hacer nuestro ritual familiar de despedida del mundo por dos meses. Pillaremos comida rápida, de la rica, y después recogeremos a los abuelos y nos meteremos en nuestro magnífico sótano dos meses. Ha quedado súper bonito y, aunque

fuera ya hace calor extremo, allí no superamos los veintidós grados, dice papá que en el peor de los casos se puede llegar a veinticinco, pero aun así sería muy llevadero.

Por la ventanilla del coche vemos las colas que forma la gente para entrar en el parking del Centro Comercial, y de lejos diviso la torre de alta tensión. Dos sombras están a sus pies, y a mí se me parte el alma al entender que son Nati y su madre junto a dos pequeñas maletas. Papá también las ve y detiene el coche. Mamá y él se bajan y se dirigen hacia ellas. No oigo lo que dicen, pero me lo puedo imaginar, porque la madre de Natí, y también ella, se abrazan a papá y a mamá, creo que están llorando. Mis padres vuelven al coche. Mamá saca su pañuelo y se limpia los ojos, también ha llorado. Nos vamos de allí y Nati se despide de mí con la mano, sonriendo y llorando al mismo tiempo. A mí también se me cae una lagrimita al responderle de igual manera mientras nuestro coche se aleja. Después recogemos a los abuelos y, encuentro extraño que papá no tome la salida de la derecha y continúe conduciendo por la Avenida Principal hacia el norte. De lejos veo el cartel luminoso que anuncia la entrada a Tera y papá detiene el coche delante de la reja de la entrada. Está custodiada por hombres armados y uno de ellos se acerca a nosotros. Papá saca un papel de la guantera y se lo entrega al hombre. Nada más tomarlo en sus manos lo lee, y después habla por un aparato que había ido sacando de su cinturón a medida que avanzaba en la lectura. Acto seguido veo que la reja se abre ante nosotros y papá empieza a recorrer aquel camino que solo está permitido para los que tienen una invitación y, entonces lo entiendo todo. Es en nuestro sótano donde Natí y su madre pasarán la reclusión. Ese sótano que papá se ha afanado en arreglar para que ellas estuvieran cómodas, porque nosotros habíamos recibido la invitación que papá acababa de entregar al hombre de seguridad. Y eso significa que pasaremos en Tera la reclusión.

Bajamos del coche. Tengo toda Tera ante mí, y no sé qué me gusta más de todo lo que veo, las imágenes de la tele no mentían. Es una ciudad bajo tierra, absolutamente magnífica.